

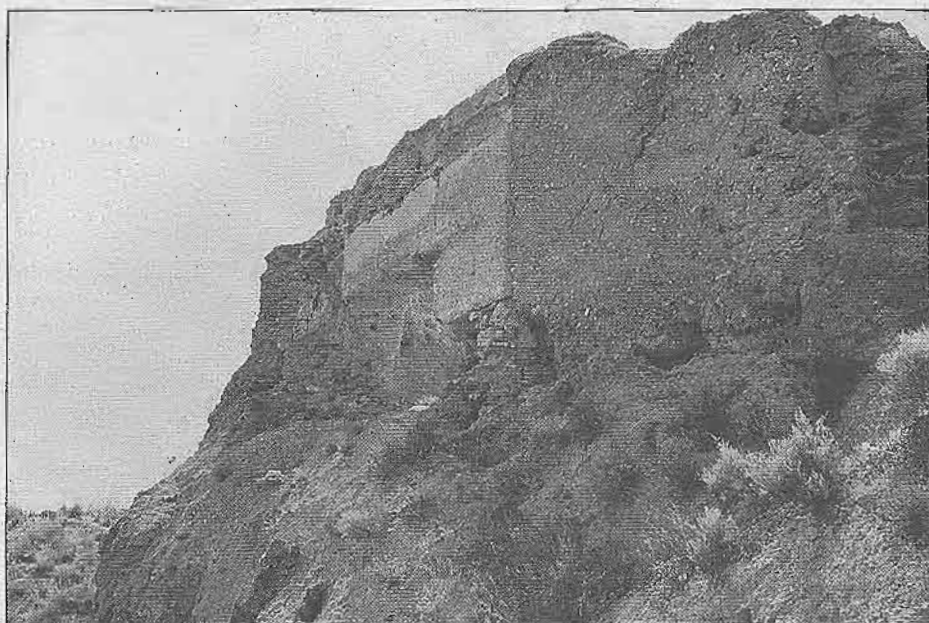
VILLARTE O EL CLAMOR DEL PASADO

El suelo de los que fueron poblados, lo mismo si no pasaron de ser aldeas humildes como si alcanzaron la preeminencia de ser ciudades populosas, tiene una atmósfera extraña, esotérica, casi de ultramundo, que tanto parece flotar en el aire como emanar de la tierra, y es su hálito penetrante y sutil, embargando el espíritu de quien lo pisa con la mente propicia a la evocación y la mirada, alerta, acariciando el terreno.

Esto lo he sentido en cuantos lugares fueron y cuyos solares son de todos conocidos en el término de nuestro Santa Cruz, surgiendo con fuerza en la magia de su mismo nombre, como Villar del Saúco, Villarejos, Vitoria, Villaverde... Pero en ninguno como en el singular pareja de Villarte. Como si el pasado soterrado en sus entrañas quisiera fortalecer mi fe en su existencia, me ha deparado diversos testimonios a lo largo de más de sesenta años. Han sido como clamores unánimes alzándose en cada fragmento de cerámica que, en número infinito y clase variadísima, siembran el viejo solar.

Tenia yo ocho años cuando pisé por vez primera este despoblado, y como si el suelo quisiera pagarme la emoción que me producía andarle, me ofrendó algo representativo y entrañable de su pasado: una moneda de cobre. Aunque desgastada, lo que pudieran decir sus relieves, más o menos ostensibles, escapaba a mi capacidad interpretativa de iletrado. Cuando se la mostré a mi padre, dijo que era un ochavo moro, sin ningún valor... por lo cual perdió para mí todo interés, y la devolví a la tierra.

Muchos años después, uno de los labradores que cultivan la explanada que constituye el despoblado, declaró haber desenterrado con el tractor varias vasijas de barro que tenían cenizas, según vio al romperse.



Y hace sólo siete años descubrí que en el borde oriental de la meseta, hacia el Barranco del Cambrón, se había producido un hundimiento, dejando a la vista una oquedad de unos tres metros de largo por dos de ancho, con una profundidad no menor a cinco metros, pues resultaba imprecisable debido a que un vaquero, tan despreocupado como ignorante, había arrojado allí los cadáveres de cinco vacas que se le habían muerto. Para él, «aquello» era sólo una quiebra nueva. (Tenemos en cuenta que, para el común de la gente, los despoblados corresponden a «lugares de los moros, hundidos cuando fueron echados de España por los españoles»).

Tenemos, por lo tanto, sobradas pruebas fehacientes para motivar el máximo interés arqueológico sobre este paraje santacrucero. Yo no afirmo que podamos hallar sacos de monedas o cientos de urnas con cenizas de villarteños ni tampoco un laberinto de subterráneos repletos de tesoros; pero sí que de todo esto han aflorado testimonio y si bien no siempre para muestra basta un botón, no querer ver el botón de muestra supone ceguera y causa de culposa negligencia.

Por ello recabo de quienes sientan amor al pasado de nuestro suelo que, sin desdeñar la búsqueda en parajes de interés arqueológico, sea el de Testillos o el Cerro de las Letras, acepten mi sugerencia y la invitación que Villarte les hace con la sugestiva y explícita fuerza de su nombre y la realidad anticipada por manifiesta del clamor que aflora de sus entrañas y del cual expongo los ecos.

Y si Testillos fue un poblado que mereció de los romanos ser tenido en cuenta para el trazado de sus célebres calzadas, Villarte había sido escogido, quizá milenios antes, por los carpetanos para convertirlo en un «oppidum» singular por casi inexpugnable, en el cual la vida se acumuló sobreviviéndose. Y ese pasado, que el tiempo adormeció acunándole sobre la explanada, hoy, como Lázaro, espera la mano amorosa que le haga revivir, surgiendo de nuevo a la luz para alumbrarnos con la suya.

Para ello doy pábulo a mi voz, obediente a mi conciencia de santacrucero y al impulso de no sé qué estímulo ancestral.

Jerónimo-Gregorio Navarro Cámara
Ortense, 11 de febrero de 1995